

# EL

# VIENTO

Por Julián MARCOS



S OPLABA el fuerte viento entre los pocos árboles del descampado, haciendo remolinos con los papeles de las meriendas que habían dejado allí el domingo anterior las familias de la barriada. Arrastraba también algunas hojas caídas y montones de tierra, que, poco a poco, había ido arrancando de los campos cercanos, quedando depositados junto a los montículos o al lado de los grandes postes que sostenían los cables de alta tensión. A lo lejos, las luces del Cerro de los Angeles se destacaban claramente tras las nuevas barriadas en construcción.

Dos sombras embozadas se fueron acercando hasta el declive que se había formado, pasadas las vías. Después, subieron por el montículo y se pegaron a la pared de ladrillos que rodeaba la fábrica. Bajo la escasa luz de una de las bombillas con pantalla pegadas a la pared, sus tricornos brillaban como acerados. Al hombre llevaban unas metralletas.

— ¡Vaya nochecita!... — dijo uno de los guardias.

— Y que lo digas — dijo el otro—. No sé cuándo me voy a curar del todo este maldito catarro. No hago más que sentirme algo mejor, y otra vez nos toca hacer esta ronda. Llevo ya un mes con él encima.

— ¿Por qué no te pones unas inyecciones?

— ¡Bah! A mí no me conviene eso de pincharme. Y además, no creas que son gratis. Se te va un pico si te metes en penicilinas...

Sus voces salían sordas, tapadas las bocas por los capotes bien enrollados alrededor de sus cuerpos. Eran los dos de estatura mediana. Uno de ellos, el más grueso, tenía una larga cicatriz a lo largo del cuello, que le subía hasta la oreja derecha y que apenas se le distinguía cuando llevaba el barboquejo atado.

Siguieron andando a lo largo de la tapia, hasta que, bajada una rampa, llegaron delante de la puerta principal. El más delgado, que iba detrás, tuvo que sujetarse la metralleta al bajar la rampa. Luego, consultó a su compañero:

— Si te parece, podemos entrar a echar un pitillo... Así charlamos un rato con el señor Pedro. ¿Eh?

— Bueno — contestó el otro. Llamaron al timbre y pasó un buen rato hasta que una voz les gritó desde dentro:

— ¿Quién va?

— Somos nosotros, señor Pedro, los civiles.

— Un momento. Voy a por las llaves.

Les abrió la puertecita de la derecha, por la que entraban los oficinistas, y les dio las buenas noches.

— Las malas, dirá usted — dijo el de la cicatriz —, porque... ¡menuda noche!

— Perdonar que haya tardado un poco, pero es que estaba dentro viendo si estaban bien cerradas todas las ventanas. Con este viento... Bueno, pasar; pasar a calentarnos al brasero.

Cerró otra vez la puerta y fue detrás de ellos hasta la caseta que había a la izquierda de la entrada. Ya dentro, les dijo:

— Coger una silla y sentaros ahí.

En una lata grande había un buen montón de maderos ardiendo. Casi era esa la única luz que allí había, porque la pequeña bombilla que colgaba del techo, apenas si servía para conseguir iluminar la parte central del pequeño recinto.

Los guardias, dejando las metralletas apoyadas en la pared, se quitaron los tricornos y el capote, y acercando unas sillas, se sentaron a la lumbre. Después de frotarse un buen rato las manos, y cuando empezaron a entrar en calor, hablaron:

— Esto sí que es vida, ¿eh, señor Pedro? — dijo el más delgado.

— No sé de qué os quejáis vosotros — respondió el viejo.

— Hombre — siguió el guardia —, usted aquí, aunque haga frío, ni se entera. Mientras que nosotros, haga frío o calor, siempre andando por ahí. ¡Perra vida!

— Bueno, bueno, no es para tanto. Es que ahora os habéis hecho todos muy señoritos. En la guerra yo estuve tres años metido entre nieve, agua y mierda hasta los riñones, y

a veces, solo tenía un mono y unas algargatas para ir tirando...

— Si — dijo el otro guardia, el de la cicatriz —, pero eso fue hace mucho. Yo casi ni me acuerdo. ¿Quieres un pitillo?

Se había sacado la petaca y el papel de fumar de uno de los bolsillos de la guerrera, ofreciéndoselo al viejo y después a su compañero.

Estuvieron liando los cigarrillos lentamente. Los encendieron en la lumbre de la lata y se pusieron a fumar mientras seguían hablando.

— ¿Qué tal la ronda? — les preguntó el viejo.

— Por ahora, bien — respondió el de la cicatriz —; no creo que con esta noche se atreva nadie a salir. Aunque la otra noche... ¿Cuándo fue? — le preguntó al otro con duda.

— El viernes.

— Si, es verdad — continuó —. El viernes también hizo mala noche, y, sin embargo, aparecieron pintadas todas las paredes de abajo.

— Las cosas andan mal, ¿eh? — murmuró el viejo, levantando la vista.

— Y tanto... — respondió el otro guardia —. Como que tenemos orden de disparar al más pequeño lio. ¿Verdad, tú?

— Si — asintió el de la cicatriz —. Hay que tener mucho cuidado, porque si no, no sé dónde vamos a ir a parar...

El viejo no dijo nada. Se levantó para echar otras cuantas maderas en la lata y se volvió a sentar. El viento se arrastraba con fuerza entre los diversos pabellones de la fábrica, chocando luego contra la gran puerta de hierro de la entrada, a la que hacía retremblar como si fuese un enorme tambor.

— Usted siempre con sus libros, ¿eh, señor Pedro? — le dijo el guardia más delgado, volviendo la vista hacia la pequeña estantería del rincón.

— Claro, hijo. ¿Qué quieches que haga? Aquí metido, siempre solo, con lo único que me entretengo es con los libros. Y además, que siempre me ha gustado aprender cosas.

— A mí me hubiese gustado estudiar, ser alguien en la vida — le res-

pondió el guardia —. Muchos días hablo con mi parienta de ello. Yo quería que el chico estudiase algo, aunque no fuese una carrera... Un peritaje, o algo así... Algo que le sirviese. Pero no sé. ¡Está todo tan difícil!

Siguieron fumando. Al terminar, tiraron las colillas a la lata y volvieron a frotarse las manos largamente.

— Bueno, señor Pedro — dijo el de la cicatriz —; nos tenemos que ir. Tenemos que llegar hasta Villaverde. No queda más remedio... ¡Hala, tú, vámonos!

— Espera un poco, hombre — le contestó el otro —. No tengas tanta prisa. Al fin y al cabo, para lo que nos pagan...

— ¡Venga, venga!... — repetía el de la cicatriz —. Que a lo mejor se le ocurre salir al cabo esta noche, y ya sabes cómo es.

— Bueno, bueno; ya voy...

Se volvieron a poner los capotes y el tricorno, lentamente. Después de colgarse otra vez la metralleta al hombro, el de la cicatriz le dijo al viejo resignadamente:

— ¿Nos abre, señor Pedro?

Sallieron de la caseta y se arrebujaron todavía más en los capotes.

— ¡Vaya noche, vaya noche! — repetían.

Les abrió el viejo la puerta y salieron los dos a la calle. El más delgado se volvió para despedirse:

— Adiós, señor Pedro; hasta el viernes... ¡Menuda suerte tiene usted!

— Adiós, adiós. Me voy para dentro corriendo — les dijo, cerrando la puerta.

Tiraron los guardias hacia la izquierda, por la carretera que se desviaba de la principal. Siguieron luego a campo través, atajando por otro descampado, donde ya no había luz.

El viejo atizó las ascuas de la lata, se sentó en una de las sillas y, sacando unos papillitos doblados del bolsillo interior de la chaqueta, se puso a leer.

Afuera, el viento soplaba cada vez más fuerte, como si quisiera arrastrarlo todo.

(Ilustración de Lima.)